

Los restos del Vble. Fr. Diego Velázquez

EN mis mocedades, allá por los años de 1871 al 74, cuando cursaba en Madrid mi carrera profesional, era una de mis aficiones favoritas pasarme las horas que las cátedras me dejaban libre, sobre todo en los días desapacibles y lluviosos, en la Biblioteca Nacional, establecida entonces en aquel caserón de la calle de Arrieta, frente al Conservatorio de Música y no lejos de mi vivienda, alternando la lectura de obras científicas con las literarias e históricas, preferentemente estas últimas, y allí fué donde adquirí datos y tomé apuntes de lo que dice Loperráez en su historia del Obispado de Osma, escrita a fines del siglo XVIII, obra que devoré con especial deleite por referirse a cosas y sitios para mí conocidos como hijo de dicha Diócesis y haber recorrido muchos parajes y lugares que en ella se citan y describen.

Algunos años después, mis inclinaciones por la enseñanza me llevaron a explicar, en un Colegio de la villa de Aranda, fundado por los hermanos D. Felipe y Tomás Gil, que más tarde trasladaron a Burgos y entonces dirigía con gran acierto mi buen amigo el hoy ilustre exministro D. Diego Arias de Miranda, varias asignaturas de Bachillerato. Fué también en aquella época cuando por desgracias de familia tuve que encargarme de la administración de una hacienda radicante con Gumiel de Hizán, entre cuyos bienes figuraban casi todos los que antes de la desamortización pertenecieron al antiguo y célebre Monasterio de Bernardos de la Orden del Cister, titulado de San Pedro, sito en las afueras del citado pueblo. La iglesia y sus dependencias, sacristías y claustros se hallaban ya en un estado tan deplorable que infundían verdadera lástima, quedando solo en pie retazos de muros agrietados, algunas arcadas incompletas y desplomadas, bóvedas medio hundidas y parte de la esbelta torre románica coronada por un nido de cigüeña y sostenida por un prodigio de mecánica, pues sus cimientos estaban socavados por la rapacidad de ciertas gentes que sin reparar en los esfuerzos empleados para arrancar aquellos voluminosos sillares y peligro que corrían de que se derrumbase tan imponente mole, sobre ellos, iban día tras día sacándoles y transportándoles a la villa para edificar sus moradas, no dejando piedra sobre piedra, hasta quedar todo arrasado.

No recuerdo bien, pues va esto más de cuarenta años, cómo supieron aquellos demoledores del Convento que deseábamos completar nuestro gabinete de Historia Natural, de cuya asignatura estaba

yo encargado, con un esqueleto humano. Lo cierto es que ellos me ofrecieron uno y al inquirir su procedencia, me informaron que descombrando el pavimento de la citada iglesia y en el mismo sitio que cita Loperráez, descubrieron metido en un arcón de piedra el citado esqueleto, completo y bien conservado, que trasladaron con el arcón a una fábrica de aguardientes del vecino Santiago Santos, sujetando los huesos con alambres, ante el temor de que se desunieran y despersaran. Fué aquello a modo de revelación que me hizo sospechar si dichos huesos serían los de Fray Diego Velázquez y deseando salir de la incertidumbre me personé en el sitio que los descubrieron y consultando mis apuntes, me afirmé en la creencia de que era el mismo señalado por Lope-rráez en su citada obra de la que literalmente transcribo los siguientes párrafos relacionados con este extremo (1): «Al Oriente de la villa de Gumiel de Izán y distancia de un cuarto de legua se halla el Monasterio de Bernardos con el título de San Pedro de Gumiel, manifestando algunos pedazos de la fábrica su mucha antigüedad. El origen de este Monasterio se ignora y solo se sabe que fué de monje Benitos y que estaba fundado en 1073, como resulta de una donación que le hizo en dicho año a su Abad D. Miguel, D^a Eivira Alfon, dándole a él y al Monasterio el lugar y vasallos de San Martín de Porquera con su jurisdicción civil y criminal, además de todo lo que tenía en Gumiel de Izán, Torrecilla y Torrubia, su fecha en Izán y mes de Mayo, queriendo el Maestro Berganza fuese filiación del Monasterio de Silos por hallarse en la fábrica antigua de uno y otro monasterio colocadas algunas piedras con un cordero y una cruz.

»En su iglesia que es antigua se halla un muy buen relicario y se ven algunos sepulcros. Muchos han escrito que están enterrados en ella Pedro Bermudez sobrino del Cid; el padre de Santo Domingo de Guzmán y que igualmente lo estuvo Dña Juana Dáza su mujer que después trasladaron a Peñafiel y otros muchos e insignes Caballeros; pero lo que puedo yo decir es que no se halla de esto memoria alguna. En el que no hay duda es en el del venerable Fray Diego Velázquez promotor principal de la institución sagrada de la Orden de Calatrava y primer Prior del sacro convento, que está en un arca de piedra muy grande que se halla colocada bajo de un arco al lado de la Epístola de la iglesia antigua que ahora sirve de sacristía, pues aunque el epitafio que tuvo está gastado y no se puede leer, resulta de las memorias del Monasterio, cómo se retiró a él cargado de años y

(1) Loperráez, «Historia del Obispado de Osma», Tomo segundo, Capitulo X. — Octavo Arciprestazgo de Aranda.

de méritos y que murió el año de 1196, muy oprimido de sentimiento y dolor por saber que los moros habían vuelto a tomar a Calatrava y otros muchos Castillos de la comarca».

Que el ínclito consejero de San Raimundo de Fitero fué enterrado en el Monasterio de Gumiel, lo confirma otro historiador contemporáneo de tan preclaros varones y tan reputado como el prelado toledano D. Rordigo Jiménez de Rada, en las siguientes frases: «*Mortuus autem sepultus est in villa quae Cirolis dicitur prope Toletum, ubi Deus per eum ut fertur, plura miracula operatur* (refiriéndose a San Raimundo). *Didacus autem Velasci postea diu vixit, quem etiam meminimus me vidisse, et obiit in monasterio sancti Petri de Gomello*».

Ante la idea de que los preciados restos fueran objeto de nuevas profanaciones, lo que en un principio me pareció repulsivo negándome a recibirlos, consideré después como un acto piadoso retenerlos en mi poder con ánimo de volver a depositarlos, si no en el mismo sitio, hoy abandonado erial cubierto de escombros y malezas, en otro más digno del que con muchas y buenas razones persuadió al Abad D. Raimundo se encargase de la defensa de Calatrava, abandonada por los Templarios.

Azares de la vida me obligaron a salir de Aranda, trasladando mi domicilio a la población en que ahora vivo, sin llegar a realizar mis buenos propósitos, dejando en un sitio reservado de mi casa aquellos sagrados restos, conservados a modo de reliquia, y en espera de ocasión propicia para trasladarlos al lugar en que merece reposar definitivamente el que en vida fué noble caballero por su estirpe, su prudencia y sus virtudes, invicto como guerrero y humilde en el claustro, que después de haber ofrecido a la patria su brazo varonil quiso consagrar a Dios las canas de su vejez, primero en el Monasterio de Fitero y en el de San Pedro de Gumiel después.

Son los continuadores de aquella gloriosa Orden, los caballeros que visten la alba túnica de lana, cruzada con las cuatro lises rojas, los más interesados en que tales restos tengan una sepultura apropiada a su alto rango; y si mi afirmación sobre su autenticidad la juzgasen aventurada o demasiado atrevida, exploren el sitio indicado por Loperráez y vean si encuentran allí entre los enterramientos que enumera, el arca de piedra que él vió y asegura que encerraba los susodichos restos. Es el medio más directo de averiguar la verdad y saber si fuí yo el engañado por los que bajo su palabra y con la garantía de su firma en documento que conservo, me cedieron el esqueleto, objeto de este desaliñado artículo.

DR. F. JIMENO.

Peñaranda de Duero, 12 Enero, 1923.